

MUERDO EL HONGO

y mastico.

Cuesta tragarlo.

No me gusta su sabor. Ni su tacto. Comienzo a ser demasiado consciente de lo que pasa alrededor. Y eso tampoco me gusta. El hongo es lo único que importa. Hay que centrarse en él.

Olvidar la tos que no deja de resonar por toda la piña de cuerpos, molestando. ¿Cuánto tiempo lleva tosiendo? Es tan desagradable escucharlo. Ese sonido acuoso y burbujeante que sale del fondo de sus encharcados pulmones.

Levanto la mirada.

Hay luces en el cielo abovedado.

Es buena señal. Significa que el hongo comienza a hacer efecto. Si ves luces en la oscuridad que te rodea es que tu cerebro recibe la dosis adecuada de lo que sea que contenga esa cosa.

La paz y la existencia sin conciencia vienen justo después de las luces, que son enormes medusas transparentes que flotan a nuestro alrededor y lanzan descargas de sentimientos extraños y aterradores sobre nosotros, como una fina lluvia de sollozos que se expanden entre los cuerpos apiñados entre los que existo.

La piña de cuerpos.

El calor que nos damos los unos a los otros. Envueltos en la ropa de abrigo, apelmazada, apestosa y húmeda que nos envuelve. Nuestra segunda piel.

Alguien vuelve a toser a mi lado. Lleva tosiendo mucho rato.

¡Qué pesado es!

Lo había olvidado. Pero no me deja volver a la paz. Me irrita su tos.

Dentro de la bóveda no existen los días. Así que no sé cuánto lleva así. Tosiendo. Mucho sin duda. Pensarlo puede llevarte a la locura. A la desesperación. Es mejor no pensar. Pero esa tos lleva demasiado retumbando en mi cabeza. Casi la he implementado en el micromundo que habitan mis pensamientos expandidos por el hongo.

El ataque de tos se alarga. Resuena. Se ahoga. Burbujea. Crea una cacofonía de ecos que retumban por los túneles y bóvedas superiores.

Y suena cada vez peor. Muy enfermo.

Eso no es buena señal.

Seguro que ellos también la escuchan.

Y deben oler la enfermedad.

Y eso es incluso peor.

Muerdo un poco más de hongo y lo trago. Sabe amargo. A tierra. A mineral. Pero es el alimento. Es lo único que hay. Y sé que cuando llegue a mi estómago y sea absorbido, mi cerebro volverá a expandirse hacia el infinito y nada importará.

Ni siquiera esa tos.

El hongo crece en las paredes a nuestro alrededor. En grandes cantidades. Y si se acaba, ellos traen más. Nos lo tiran por encima. Quieren que lo comamos. Es áspero al tacto y húmedo por dentro. Es nuestro sustento. El único que existe. Lo hago bajar con un poco del agua que supuran las paredes de la bóveda. Está fría y buena. Es fácil beberla si haces hueco con la mano pegada a la roca.

Los escucho moverse.

¡Vienen!

Me encojo dentro de la piña. Noto presión. Cierta asfixia cuando todos se arremolinan contra mí. Soy el corazón. Soy el centro. Soy la parte más protegida de este montón de carne que somos.

¡Ya están aquí!

Despegan a alguien de la piña de cuerpos.

Es quien tosía.

Se lo llevan. No sé lo que van a hacerle. O sí. Y no quiero saberlo. A veces vuelven. A veces no.

No importa.

Escucho un barboteo ininteligible, áspero, gutural y medio asfixiado entre las toses mientras se lo llevan siendo arrastrado. Está tratando de razonar con ellos. De decirles algo. De comunicarse. Pero no he entendido ni una palabra. Sonaba como alguien que tuviera un trozo de zapato en la boca en lugar de lengua.

Menudo necio.

Solo importa comer el hongo. Beber el agua. Mantener el calor en la piña.

Alguien solloza a mi lado.

No importa. Arranco un trozo del enorme hongo que tengo en las manos y que me cayó encima durante el último reparto y se lo pongo en la boca. El sollozo acaba de inmediato cuando comienzo a escuchar cómo mastica.

En la lejanía oigo la tos alejarse y el susurro balbuceante sin sentido y desesperado que se va volviendo cada vez más agudo y pueril, pero igualmente tan ininteligible para mí como para los seres que se lo llevan.

El tono por eso está claro: suplica por su vida.

No va a servir de nada.

No lo ha hecho nunca. A ninguno de los anteriores.

Y al menos a ellos se les entendía lo que decían.

Luego comienzan los golpes y un largo grito. Esa tos no volverá.

Después llega el silencio.

Muerdo el hongo...

LLEVABA NEVANDO

de forma ininterrumpida desde media tarde del día anterior.

Así era imposible trabajar.

Moha salió de la enorme nave industrial y se dirigió a los barracones de los trabajadores, de camino sacó el móvil del bolsillo de su abrigo y mientras se ajustaba el gorro, azotado por el viento y el aguanieve que le corría por la cara y amenazaba con arrancarlo de su cabeza, marcó el teléfono de Andrés.

Este descolgó al primer tono:

— ¿Qué pasa, Moha?

— Jefe, ya está todo bajo techo. Los camiones, las excavadoras, la compactadora... Todo el material está en la nave y la he cerrado con llave.

— Dicen que va a nevar mínimo tres días sin parar y no quiero que se me congelen ni que quede nada sepultado por la nieve.

— Está todo guardado. Ningún problema. Lo que ahora ya hay casi medio metro de nieve en todo el valle, no sé cuándo vamos a poder reanudar la faena.

— ¿Se ve muy mal? — preguntó Andrés con un tono que no daba a entender muy claramente si quería saber la respuesta—. ¿No se puede ir adelantando nada?

Moha echó un vistazo a su alrededor y se subió sobre una roca cercana, para conseguir una buena panorámica del valle. Todo estaba cubierto por una espesa y profunda capa blanca. Ya no se distinguía ni la carretera ni los socavones donde estaban metiendo los cimientos de las nuevas instalaciones. Todo había desaparecido bajo la nieve. Lo único distinguible a lo lejos eran las dos simas, la boca y la oreja del diablo se veían como enormes

pozos negros que seguían engullendo lo que caía del cielo y no parecían llenarse nunca, y a su lado, las vallas del perímetro de seguridad para que nadie se acercara al borde.

Más allá, las cuatro granjas industriales ya operativas y al otro lado, la zona que ellos estaban despejando para instalar las cuatro nuevas. Extendió el móvil, hizo una foto panorámica y se la envió en ese mismo instante a su jefe.

—Joder —exclamó este al verla—. No se ve una mierda... Menos mal que las granjas están automatizadas y tienen regulador térmico, si no se me hubieran muerto los pollos, segurísimo.

—Ya. —Moha lo dijo con un punto de acritud. A fin de cuentas, tenía bastante presente lo que le había costado que Andrés instalase la calefacción en los barracones donde ahora se iban a quedar encerrados veinte trabajadores por tiempo indefinido a bastantes grados bajo cero en el exterior. Y que Andrés había acabado aceptando a regañadientes siempre y cuando fuera la instalación más barata—. Es una suerte para los pollos.

Moha entró en el barracón de viviendas general, el más grande de todos, y le hizo un gesto a Edmundo para que le sirviera un café que este estaba sacando del fuego del hornillo en ese momento. Pegó un trago a la taza que este le entregó y notó como el amargo calor le bajaba por la garganta devolviéndole algo de temperatura al entumecido cuerpo.

Andrés, que ya estaba pensando en otras cosas, dijo:

—Bueno, pues vamos viendo y en cuanto se pueda, reanudamos la obra.

—Pues ya dirás cuando, jefe.

—Pues en cuanto pase la tormenta Moha, en cuanto pase, a currar —respondió en tono irritado.

Y le colgó el teléfono sin despedirse.

Moha dejó el teléfono sobre la mesa y se giró hacia los dos jefes de equipo de la obra que le observaban expectantes, sentados alrededor de la mesa general del barracón, en la zona común, donde la calefacción se notaba más y era donde se arremolinaban desperdigados en sillas el resto de los peones y albañiles.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Plamen, el encargado del encofrado.

Moha pegó un vistazo al móvil, abandonado sobre la mesa y respondió con una sonrisa desdeñosa:

—Que mínimo tres días de vacaciones pagadas.

El resto sonrieron y respiraron aliviados.

—¿Alguien quiere bajar al bar del pueblo? ¡Invito yo!
—propuso Plamen levantándose y haciendo el amago de ponerse la chaqueta.

—De eso nada —la cara de Moha se endureció de repente—, nada de bajar al pueblo. Ya sabéis el plan que hay. Ya tuve mucha mierda el año pasado con la chica esa turista que apareció muerta, que vino hasta la poli a interrogarme porque las viejas decían que la chica había tonteado conmigo... ¡Que solo me preguntó dónde estaba la tienda de comida y mirad la que se lió! ¡Nada de bar!

—Joder Moha, esa gente en cuanto hay una desgracia en cien kilómetros a la redonda siempre nos están señalando, como si en su pueblo no hubiera mala gente...

—Me da igual —zanjó Moha— no quiero follón y no quiero que Andrés os vea de cachondeo en el bar. Si pasa eso nos va a hacer trabajar aquí dentro limpiando y fregando los suelos de las naves. Y no se a vosotros, pero a mí no me apetece. Aquí nos quedamos.

Plamen volvió a quitarse la chaqueta con un suspiro desganado.

Unas horas después, a media tarde, mientras fuera la tormenta seguía cayendo sin tregua ninguna y ya la oscuridad había caído sobre el valle, Moha se levantó de la mesa donde llevaba un par de horas en medio de una intensa partida de póker en la que iba perdiendo ya ochenta y cinco euros, dejó su mano boca abajo sobre el tapete (una mano perdedora, sin duda) y se dirigió hacia la puerta de barracón.

—¿Ya te rindes? —Plamen sonreía de oreja a oreja, a fin de cuentas, era él quien se había llevado buena parte de esos ochenta y cinco euros.

—No que va, es que me estoy cagando —murmuró Moha secamente—. Podéis seguir sin mí si queréis, no hace falta que yo...

—Nada, tranquilo. Te esperamos —Plamen dejó su propia mano de cartas boca abajo y se levantó para cogerse otra cerveza de la nevera—. ¡Que no se te hiele el culo ahí fuera!

Moha le devolvió una sonrisa falsa.

Había sido una decisión unánime la de situar los retretes portátiles fuera de los barracones de vivienda y a una distancia suficiente para que el hedor que a veces desprendían, sobre todo el verano, no les molestara al dormir. Ahora esa decisión le estaba pesando bastante en la memoria a Moha, que no quería verse muriendo de frío en un asqueroso baño portátil, con el culo al aire, si por un casual le daba algunos de sus clásicos apretones nocturnos durante esa semana de tormentas.

— ¡Puta mala suerte! — masculló poniéndose la chaqueta, los guantes y disponiéndose a salir para enfrentarse a la nevada.

En realidad, tuvo más suerte que el resto de los trabajadores. Seis minutos después, mientras estaba sentado dentro del cubículo, con el culo congelado y maldiciendo lo lentas que eran sus tripas en hacer el trabajo, sintió una brutal ráfaga de aire y una profunda vibración, seguida de un estruendo y un golpe que volcó el retrete portátil y le dejó tirado en el suelo, conmocionado y embadurnado de mierda y líquido azul antiséptico.

Al salir de lo que quedaba de la letrina, todavía con los pantalones por los tobillos y a cuatro patas, se encontró que el camino hacia los barracones había desaparecido.

También los propios barracones.

Y las granjas.

Y el valle entero.

Ahora estaba al mismo borde de un enorme y oscuro acantilado. Allí, temblando y en shock, se quedó en medio de la ventisca. Poco después comenzó a escuchar el extraño ruido, similar al croar de las ranas mezclado con el canto de los grillos que le iba rodeando.

EL COCHE

fúnebre era el único vehículo que circulaba en medio de aquella blanca espesura.

– A nadie en su sano juicio se le ocurriría moverse con la que está cayendo – murmuró Manu, que cada poco despejaba con la manga de su chaqueta el vaho que iba empañando el parabrisas del coche –. Pero claro, nosotros evidentemente no estamos en el nuestro.

Ninguno de los ocupantes del vehículo contestó.

Apenas se podía ver nada más allá del parabrisas y el evidente mal estado de la carretera no ayudaba demasiado.

Suspiró agobiado.

El ambiente emocional que había dentro del automóvil era casi tan gélido como el exterior.

El único que parecía contento de estar allí era Panchito, el pequeño yorkshire enano de Manu, un perrito de color negro con las orejas canela y un largo y tieso rabillo torcido que iba con la lengua fuera y brincando alegremente de un lado al otro del asiento trasero mientras trataba de ver a través de las enteladas ventanas.

– Pancho, no te muevas tanto a ver si vas a despertar a la fiera – murmuró nervioso Manu echando un vistazo por el retrovisor.

Otra cosa que no ayudaba a mejorar el ambiente era el hedor a alcohol que desprendía el aliento de la Fiera, el alias de Tomás Padre, que impregnaba toda la cabina, aunque evidentemente nadie se atrevía a comentar nada al respecto. Porque había sido él quien había decidido jugarse la vida de todos en aquel viaje suicida de regreso a casa. Y era el único que no parecía en absoluto preocupado por ello ya que estaba profundamente dormido.

El hombre se había pasado la tarde haciendo escapadas del tanatorio donde había estado expuesto el cuerpo de su padre, Tomás Abuelo, al bar que había justo al lado. Y a las ocho, después de escuchar en la tele que había sobre la barra de este, que la brutal nevada, la más grande jamás vista en Teruel desde que se tomaban mediciones, no iba a dar tregua en al menos tres días, decidió de improviso emprender el camino de regreso a Torreón del Risco antes de que se cerrara el tránsito y tuvieran que hacer noche en Alcañiz.

—Las carreteras ya están cortadas —le había murmurado su hijo—, a nadie se le ocurriría salir con la que está cayendo.

Pero no hubo forma de convencer al padre de lo contrario. Quería enterrar al abuelo en el cementerio del pueblo a la mañana siguiente. Fuera como fuera, aunque tuviera que excavar previamente un metro y medio de hielo y nieve con sus propias manos.

Y sabía que su padre no lo decía en broma.

Y así, Tomás Hijo, más conocido como Tomasín, iba sentado delante de su progenitor, que ahora roncaba plácidamente entre vaharadas alcohólicas, dejando aquel problema que había creado con aquella precipitada salida a los otros ocupantes del vehículo.

Los tres: padre, hijo y el abuelo que reposaba en el féretro que iba detrás, tenían la misma cara redonda y la nariz afilada típica de toda su familia, aunque la del padre estaba llena de pequeñas arañas vasculares y normalmente lucía roja e irritada.

Entre las ventanas cerradas, la calefacción a tope y el hedor a coñac, una espesa capa de vaho seguía inundando los cristales del coche fúnebre que Tomasín iba limpiando con un trapo a cada poco, mientras miraba con un temor creciente la carretera, de la que apenas vislumbraba un par de metros por delante del morro del coche fúnebre y que conducía Manu, que sudaba copiosamente debido a la tensión de tener que enfrentarse a aquella peligrosa situación.

Manu trabajaba en la funeraria, y era el conductor ocasional del servicio de transporte de difuntos. Además, era oriundo de Torreón del Risco, como ellos. Y por eso, ya que sus jefes se lavaban las manos al respecto, había aceptado llevarlos de vuelta

al pueblo, responsabilizándose de cualquier desperfecto que sufriera el coche.

—Ya estamos llegando —murmuró con alivio Manu cuando logró discernir entre la espesa blancura la curva que daba a la entrada del túnel que atravesaba la montaña.

Pancho, que debió intuir lo cerca que estaban de casa, pegó un alegre ladrido de conformidad, cosa que hizo que Tomás Padre frunciera el ceño, moviera las manos apartando alguna cosa en sueños y a continuación siguiera roncando tranquilamente.

Al exhalar un suspiro de alivio, Manu sintió una punzada y se apretó con fuerza el estómago, retorciéndose. La mala cara que puso no pasó desapercibida a Tomasín, que le miró con un gesto alarmado y puso su mano encima de la Manu, cariñosamente, que seguía fija en el cambio de marchas.

El viejo instinto de ambos hizo que miraran a la vez a Tomás Padre, pero este seguía con los ojos cerrados.

—Llevo todo el día con pinchazos en la barriga —musitó como respuesta a una pregunta que aquel no había ni llegado a verbalizar—. Algo me habrá sentado mal.

Tomasín no dijo nada, levantó la mano tras darle un par de cariñosos golpes y se dio cuenta, con cierto temor, de que el acceso al túnel estaba colapsado de nieve, y el desnivel entre la carretera y el interior era tan grande que ahora podría ser que el coche se diera con el techo del acceso y no pudiera entrar.

—¿Pasará por ahí?

Manu no dijo nada, metió primera y lentamente, con el mismo gesto de dolor y aun así concentrado, maniobró diestramente para que el vehículo atravesara la entrada, a escasos centímetros del techo.

A medio camino por la rampa de hielo que se había formado al otro lado, el vehículo patinó hacia la derecha, haciendo que amenazara con volcarse lateralmente, obligándole a acelerar girando violentamente el volante en dirección contraria y llegando al final de la empinada pendiente de hielo con un golpe brusco, lanzando a Panchito contra la parte trasera del asiento del copiloto.

Manu detuvo al instante el vehículo para recobrar el aliento y secarse el sudor nauseoso:

— ¡¿Panchito estás bien?! — se alarmó girándose para mirar en el hueco entre los asientos, donde vio con alivio al alegre perro con la lengua fuera y brincando mientras intentaba volver a su sitio.

Manu lo cogió del arnés y lo subió de nuevo al asiento trasero.

— No veo las luces del pueblo — masculló Tomasín señalando en dirección al otro lado del túnel.

Allí, al fondo, solo había una oscuridad absoluta, como si fuera un pozo cegado y no hubiera una salida a apenas unos cientos de metros de distancia. Normalmente a esas horas se tendrían que ver claramente las farolas de la calle principal.

— ¿Cómo vas a ver nada con la que está cayendo? — respondió un indignado Manu—. Lo raro es que hayamos podido llegar hasta aquí sin matarnos. Y todo por culpa de... —pero se calló de inmediato al ver el gesto triste y dolido en la cara de su amigo.

Ambos miraron a Tomás Padre que, aunque seguía roncando, se había comenzado a mover inquieto debido al ruido y el traqueteo. Finalmente soltó un sonoro pedo, se reacomodó en el asiento y volvió a quedarse tranquilo.

Los dos amigos se miraron, soltaron una débil carcajada nerviosa y volvieron a sumirse en un intranquilo silencio. Ninguno de los dos quería despertarlo, al menos hasta que llegaran al pueblo y pudieran librarse de él. Ya habían tenido suficiente con la que había liado en el hospital y luego en el tanatorio.

Los Tomases, así les llamaban en el pueblo. Una saga que compartía nombre desde hacía al menos cinco generaciones, y que amenazaba con desmoronarse con la muerte del abuelo Tomás.

El fallecido era el que mantenía, con su carácter tranquilo y apacible, a los tres unidos bajo el mismo techo. La mujer de Tomás Padre los había abandonado hacía ya tantos años que Tomasín apenas recordaba su cara y, ahora, con la desaparición del abuelo, se veía abocado a buscarse otro sitio donde vivir si no quería sumirse en una pelea diaria con su padre, un tipo huraño y desagradable cuando estaba sobrio e impredecible y violento cuando estaba borracho que, por desgracia, era la mayor parte del tiempo.

Un tipo que no perdonaba que su hijo no estuviera casado y con hijos. Que no se le hubiera conocido novia jamás. Que dejaba

que en el pueblo se murmurara sobre sus gustos. Sus aficiones. Su amiguito, el afeminado del ridículo perro.

Tomasín miró a Manu. Este parecía estar leyendo sus emociones y solo le devolvió una sonrisa triste y cansada.

Manu metió de nuevo la primera marcha y el vehículo lentamente fue avanzando por el oscuro túnel en dirección al pueblo. No tuvo que progresar mucho para darse cuenta de cuál era el problema para que no se vieran las luces del pueblo.

—No me jodas... —protestó.

La salida estaba ya completamente cegada. Allí, al otro lado de la montaña, debido al viento, se había ido acumulando la nieve y el hielo mucho más rápido que por donde habían entrado.

—¿Qué coño hacemos? —Tomasín miró por el espejo retrovisor en dirección a la débil luz que se filtraba por el lado de la salida del pueblo—. ¿Volvemos a Alcañiz?

—¿Estás de guasa? —Manu parecía a punto de tener un ataque de histeria, mientras se sujetaba el estómago con fuerza.

Y de repente no pudo más.

Echó el freno de mano y salió del coche a toda velocidad, se alejó un par de pasos y comenzó a vomitar violentamente sobre el congelado arcén, manchándose ligeramente la chaqueta.

Cuando remitió la primera y brutal arcada, se apoyó temblando contra la pared cavada en la roca del túnel mientras notaba llegar la segunda.

Tomasín se quedó bloqueado, observándole desde el interior del vehículo, sin embargo, Panchito se coló entre el hueco de los asientos y saltó al frío asfalto para seguir a su amigo.

En ese momento, en medio de aquel dolor intenso y las arcadas, Manu tuvo una extraña premonición: tenía que haberse quedado en el hospital. Lo había pensado, y había estado a punto de hacerlo, cuando las ligeras molestias se habían ido convirtiendo en latigazos y calambres.

Bajar a urgencias a que le echaran un vistazo y le hicieran alguna prueba para descartar que fuera algo grave. Pero claro, Tomás se había empezado a poner muy pesado. Y Tomasín iba poniendo esa cara de agobiado. Y al final, con ese pinchazo cada

vez más agudo se había resignado y había salido a correr aquella carrera absurda y peligrosa de regreso al pueblo.

¿Por amor? Llámalo amor, llámalo estupidez.

Y no sabía por qué, pero ahora tenía la absoluta certeza de que iba a pagarlo. Muy caro.

Entonces bajó la vista y vio a Panchito a su lado, husmeando el helado suelo del túnel. Y no parecía muy contento. Tenía el rabo entre las piernas y miraba alrededor mientras emitía débiles sollozos.

— ¿Qué pasa pequeñito? Ahora nos... —susurró Manu. Pero no pudo seguir porque una nueva y brutal arcada lo dobló de nuevo y tuvo que apoyarse con las dos manos en la pared para no caerse del brutal latigazo, como si algo se rompiera en su interior en ese momento.

Mientras vomitaba, así apoyado, Manu notó algo extraño que le borró aquel hilo de funestos pensamientos de la cabeza: la pared del túnel comenzó a vibrar. Era una sensación extraña. Como si allí, al otro lado de la roca hubiera algo horadando la montaña.

Su cerebro asoció la sensación a lo que notaba en la casa de veraneo de sus padres de cuando era un niño, cuando por las noches metido en la cama, alargaba la mano y tocaba las paredes para sentir cómo los ratones caminaban por el otro lado mientras roían la madera.

Todo ello pasó como una sucesión de extrañas imágenes por su cerebro, pero terminó justo con la remisión de las últimas arcadas dejándolo vacío y confuso.

Y en ese momento la vibración se detuvo.

Al igual que el extraño sollozo de Panchito.

Una vez se liberó de aquella masa de lava candente que tenía en su interior, Manu se sintió un poco mejor, se tocó la frente. ¿Tenía fiebre? Se notaba arder la cara y la frente. Sudaba copiosamente a pesar del frío. ¿Estaría enfermo y empezaba a delirar?

— Venga Panchito, vámonos a casa —dijo dirigiéndose hacia el coche seguido del pequeño perro.

Al acercarse al vehículo se limpió con el dorso de la mano la comisura de los labios, sintiendo en la boca el desagradable sabor de la bilis y se apoyó en la puerta del coche mientras hablaba a Tomásín.

—Hemos tardado casi cuatro horas en hacer estos treinta kilómetros, ni me queda gasolina, ni creo que podamos volver a subir de nuevo por ahí con el coche —señaló a su espalda, allá a lo lejos, a la entrada al túnel, que por lo que se veía, también estaba cerrándose por momentos.

—¿Y entonces qué? —murmuró un aterrado Tomasín.

Manu no respondió, cogió a su perro y lo metió en el coche, cerró la puerta y lo puso de nuevo en marcha, acercándolo todo lo que pudo hasta el montículo de nieve que iba creciendo en la salida del túnel que daba al pueblo.

Cuando llegó, dejó el motor encendido y las luces largas puestas y bajó de nuevo del vehículo.

Al hacerlo el frío que venía del exterior le golpeó con dureza el rostro, despertándolo del abotargamiento que el malestar y el viciado interior del coche, que ahora apestaba a alcohol y vómito, le habían provocado. Se fijó en lo alto del bloqueado acceso y lo señaló:

—Apenas hay nieve aquí arriba —explicó mientras subía con decisión un par de metros sobre la pila de nieve blanda que daba al exterior—. No está cubierto del todo ni ha compactado. sí nos damos prisa y lo escalamos, podremos apartarla a mano, salir andando y llegar al pueblo.

—¿Y el coche? —respondió Tomasín, que había salido por la otra puerta y le observaba desde allí sin atreverse a acercarse—. ¿Y mi abuelo?

Manu bajó a toda velocidad y se acercó a su amigo con gesto imperioso, sujetándose de nuevo el abdomen con fuerza, le puso una mano en el hombro y le cogió la otra entre las suyas tras echar un vistazo al tipo que todavía dormía a pierna suelta en el asiento trasero.

—Al coche y a tu abuelo no les va a pasar nada si los dejamos aquí. Cuando amaine la tormenta y el túnel sea accesible de nuevo, venimos y los sacamos. ¿Prefieres quedarte aquí encerrado? ¡En cuanto se agote la gasolina te vas a morir de frío!

Tomasín miró en dirección a la parte trasera del vehículo, donde estaba el ataúd.

— Vale, pero tú despiertas a mi padre — musitó poniéndose los guantes y el gorro y dándole un furtivo beso que este esquivó, ante la cara ofendida de Tomásín.

— Es tu padre, es tu problema — contestó Manu mientras cogía a su perrito y se lo metía dentro del abrigo, dejando que su cabeza asomara por el hueco del cuello. Y añadió en un susurro—: y no me beses que acabo de vomitar.

Media hora más tarde, entre exabruptos, frío intenso y malas caras vislumbraron el cartel a la entrada del pueblo y se sintieron aliviados.

Creían estar a salvo.

Se equivocaban.